

Celibato y patologías sexuales¹

Luis María García Domínguez²

Este artículo ofrece algunas indicaciones para acompañar a quien, aún habiendo hecho una opción de celibato o virginidad consagrada, tiene problemas en el área sexual³.

El celibato (y la virginidad) por el reino de los cielos no es una conquista ni un don dado de una vez por todas, sino un horizonte de valor hacia el cual se tiende, una perla escondida que se descubre si es buscada y deseada y que – por ese deseo de adquisición – mueve todos los recursos de quien la descubre, con una fatiga indispensable que no elimina su carácter de don. Las fuerzas implicadas en este buscar y desear no son sólo espirituales, entra también el lado antropológico, sin que por esto se deba sexualizar el problema. Esta opción busca mucho más el amor preferencial hacia Cristo Jesús que el control de la genitalidad, y se preocupa más del amor apostólico que de estar atentos a las así llamadas amistades particulares; pero quien la profesa buscando ante todo el Reino de Dios (Mt 6,33), espera también llegar a la propia realización afectiva y sexual, gracias al primado de este amor por el Señor y por su causa, y no lo contrario.

Entonces ¿cómo ayudar cuando este campo presenta dificultades que no hay que descuidar? Más que hacer una lista de temas (contenidos) que deben ser afrontados, se sugieren aquí algunas actitudes y medios (estrategias) que, en el coloquio formativo, el educador debería asumir y ayudar a asumir. Las resumimos en cuatro verbos: acoger, comprender, mover y proponer.

Acoger

La atención empática e inteligente es la primera actitud: escuchar con actitud comprensiva cada confidencia, sin dar signos de estupor, de preocupación, ni de juicio de valor (a favor o en contra); acoger con la única recta intención de comprender, y a lo sumo tranquilizar a quien nos habla para que lo haga aún más libremente. Este tipo de acogida, que muchos de vosotros habrán ya experimentado hablando de sus dificultades, facilita mucho la auto-comprensión de quien se confía, especialmente si es demostrada sin gestos paternalistas o de apoyo no pedido, gestos necesarios sólo en caso de ansiedad

1 GARCÍA DOMINGUEZ, Luis María, «Celibato e patologie sessuali» en *Tredimensioni 7 (2010) 207-215*. Traducción: Yolima Posada para el Curso *Psicología del Desarrollo Humano*, Escuela para Formadores «María, Madre de los Consagrados (Córdoba, 2013).

2 Psicólogo, profesor de la Escuela para Formadores de Salamanca (España) y rector del Post-Noviciado Jesuita.

3 El autor también ha tratado el tema en «Acompañar dificultades en el voto de castidad», en *Vida Religiosa*, 2 (2003), pp. 41-48.

excesiva o falta de defensa. Acoger es tomar en serio a todos, desde el más sospechoso al más inocente. En efecto, buscar ayuda, dado que no todos lo hacen, es ya señal de querer afrontar la situación, sentida como una herida abierta para sí y en relación con los otros.

Aunque el porcentaje de los casos más graves sea seguramente mínimo, no es fácil hacer una descripción de las dificultades – a menudo calladas – sobre este tema. Es probable que se presenten en formas diversas según su género. Y no solamente por la discriminación que sufre la mujer, sino porque existe una configuración antropológica específica a cada uno de los dos sexos (o géneros) que da color en forma diferenciada, a la experiencia vivida por el hombre y por la mujer. La mujer parece más sensible y vulnerable en el área de los sentimientos, mientras que el hombre lo es más en el área de los sentidos; esto implica, entre otras cosas, que una misma situación (por ejemplo el enamoramiento) sea vivida con acentos subjetivos muy diversos⁴.

La acogida siempre es escasa y ciertamente para nada espontánea cuando se escucha el sufrimiento de una historia pasada, debida a carencias afectivas no fácilmente identificables, o a algún trauma sexual muy concreto, o a problemas no resueltos de la adolescencia y que vuelven a la vida, o al retorno culpabilizante de una historia sexual turbulenta. De una escucha empática tiene también necesidad el que nos habla de su pulsión sexual actual (en forma de tensión genital, atracción física, fantasías o sueños) y que cuando se transforma en auto-erotismo lleva a sentirse incapaz de vivir una vida en el celibato. Es en este momento cuando la acogida debe ser inteligente, es decir, capaz de moverse de la dificultad concreta al terreno que la ha predispuesto y al corazón que la vive⁵.

Comprender

Después de haber escuchado, el acompañante debe comprender un poco mejor la totalidad de la persona que tiene delante y dentro de la cual se sitúa su dificultad específica, y ayudar al interesado a hacer también él este pasaje. Para comprender, es útil hacerse tres tipos de preguntas:

1. ¿Cuál es el grado de madurez psíquica de la persona, considerada en forma global y no sólo a partir de su problema sexual?
2. ¿Cuál es la consistencia de su experiencia religiosa?
3. Con relación al problema sexual, ¿cuáles podrían ser sus significados simbólicos y cómo interfieren con la experiencia religiosa actual acrecentando su dificultad?

4 MAGNA, P., «Alla ricerca di un rapporto riconciliato uomo-donna e marito-moglie», en *Tredimensioni* 1 (2004), pp. 59-76; Id., «Parlare al femminile – parlare al maschile», en *Ibid.*, 6 (2009), p. 289.

5 RIGON, S., «Discernimento vocazionale e indagine dell'area sessuale», en *Tredimensioni*, 6 (2009), pp. 300-307; CIOTTI, C. - RIGON, S., «La masturbazione», en *Tredimensioni*, 5 (2008), pp. 303-312. NdT. Estos dos artículos están traducidos y publicados en www.isfo.it en el espacio *3D in spagnolo*.

1. En relación a la madurez o inmadurez psíquica global la atención va hacia la presencia (o exclusión) de los verdaderos y propios signos de patología psíquica de orden afectivo o sexual que podría desaconsejar el compromiso de una consagración.

Dejando aparte las situaciones más extremas que requieren una verdadera intervención desde la psicología clínica, es muy dolorosa - siempre en relación con la eventual madurez general - la presencia de algún abuso sexual ligado a la infancia o a la adolescencia. Las mujeres consagradas⁶ parecen haber sufrido traumas sexuales (molestias o violencia) en menor porcentaje respecto al número general del universo femenino. Los abusos hacia las mujeres son más frecuente que aquellos hacia los hombres, pero para estos últimos parecen ser más peligrosos en cuanto a su futura identidad sexual, desde el momento que en la gran mayoría de los casos el abuso ha sido cometido por otros hombres.

Mucho más invasiva es la situación de aquellos que cometen abusos. Por lo general, el abusador no busca espontáneamente una ayuda, sino cuando recibe presiones. El abuso cometido lleva ya a especular sobre cierto grado de desorden psíquico; si además se agrega la negación absoluta del problema y el persistir en el uso de otras defensas primitivas, cualquier acompañamiento, incluso con las mejores intenciones, resultará inútil.

Generalmente, en nuestros ambientes formativos existe cierta tranquilidad sobre la madurez afectiva y sexual de los candidatos cuando estos han tenido experiencias anteriores de enamoramiento. Algunas veces son incluso consideradas como un requisito necesario para el ingreso a la formación, o deseadas que se den durante el período de la formación. En resumen, un vínculo fuerte y de intimidad parece tranquilizador. En cambio, no parece haber sido probado que el hecho de haber tenido una relación de enamoramiento lleve a una mayor madurez estructural respecto a quien carece de tal experiencia⁷. Sin embargo, tal prejuicio está presente y puede hacer pensar que todo enamoramiento ejerza una función benéfica sobre el/la consagrado/a. La verdad, es que probablemente todo enamoramiento puede hacer madurar el amor, y no poco, purificándolo; pero puede también bloquear para siempre la vocación.

2. En todo acompañamiento es muy importante sopesar y reforzar la dimensión propiamente religiosa. Una buena adhesión a los valores que continúan atrayendo, incluso en la debilidad de las respuestas, es capaz de ayudar a todo buen intento de acompañamiento. Por ejemplo, la masturbación ego-distónica de un joven novicio, que tiene buenas motivaciones religiosas, o el enamoramiento transparente de un joven o de una joven en formación con una buena orientación de fondo, no hacen presagiar las mismas dificultades y consecuencias que tendrá quien frecuenta páginas eróticas en internet y no reza casi nunca, o aquel que persiste con una doble vida tal que incluye encuentros íntimos pre-meditados. La superación de dificultades afectivas y/o sexuales requiere como condición necesaria (si bien no siempre sea suficiente) una clara motivación religiosa, que dé sentido al propio celibato por el Reino de los cielos. Con esta motivación se han roto relaciones prolongadas, muy íntimas y placenteras, han sido superados fuertes enamoramientos y afectos persistentes, y se han llevado adelante, con dignidad y sin daño

6 DUCKRO, P. - CHIBNALL, J. - WOLFF, M.A., «Women religious and sexual trauma», en *Review of Religious*, 57 (1998), pp. 304-313. Cfr. también FORTUNE, M.M., «Violencia contra las mujeres: la forma en que las cosas son no es la forma en que han de ser», en NELSON, J. - LONGFEDLLOW, S., *La sexualidad y lo sagrado*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1996, pp. 494-508.

7 RULLA, L. - IMODA, F. - RIDICK, J., *Antropologia della vocazione cristiana. 2. Conferme esistenziali*, EDB, Bologna 2001, pp. 213-217. NdT. En español cfr. RULLA, L. - IMODA, F. - RIDICK, J., *Antropología de la vocación cristiana. 2. Confirmaciones existenciales*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1994.

para nadie, homosexualidades más o menos manifiestas. Sin la mencionada motivación, también la soledad inherente a la condición humana se considerará insoportable, o bien se rechazará una vocación intuida o ya profesada.

3. Con el fin de que esta dimensión espiritual sea encarnada en los dinamismos de la persona (y no sea una evasión espiritualista), es importante mantener también la atención sobre otro aspecto menos consciente, que es el terreno del cual procede la polivalencia simbólica de la sexualidad⁸: si se desea, imagina, establece cualquier tipo de relación sexual, no es sólo por una pulsión estrictamente genital, ni tampoco sólo por un deseo de encuentro afectivo entre dos libertades. La relación permite concretar también otras necesidades psíquicas latentes, como ser: dar una demostración de poder, tener un triunfo personal, probar la fascinación de la seducción, expresar una forma de agresividad... y por otro lado, buscar el gusto de la pasividad, de la dependencia o de la humillación...

Quien acompaña debe hacer el esfuerzo de discernir esta multiplicidad de sentimientos, tratando de establecer relaciones cruzadas y vínculos entre hechos y significados, comportamientos y sus funciones, manifestaciones de comportamiento y motivaciones profundas; una vez captadas (con la debida cautela y humildad) estas claves ocultas, las cosas se comprenderán mejor y se podrá seguir la problemática con mayor seguridad. Imaginémos, por ejemplo, que un sacerdote se encuentre implicado en una relación sexual con una mujer, que al principio inició como una relación correcta de apoyo espiritual: lo que ha hecho precipitar la situación no es necesariamente el impulso sexual irresistible, sino una serie de sentimientos de otra naturaleza y que pasaron inobservados que, con el pasar del tiempo, encuentran un canal en el impulso sexual. El significado simbólico que aquel impulso puede mediar podría ser – por ejemplo – el sentimiento de protección, el deseo de ser a su vez amado, la posibilidad de realizar una intimidad que hasta ahora le ha sido negada... Aquello que empieza como sentimiento de ayuda altruista, se hace sentimiento de protección, luego afecto persistente, después deseo de encontrar ayuda y al fin, de participar en la intimidad sexual; todo esto no es sentido de manera clara y directa, sino simbolizado con el aparecer gradual del sentir sexual⁹. Estos significados subyacentes pertenecen a afectos muy humanos pero no simbolizan correctamente el ideal del voto o de la promesa celibataria.

Una dinámica semejante, de un obrar que busca el bien pero que de fondo también contiene elementos de un bien aparente, puede verificarse en muchas otras relaciones que los interesados justifican que son buenas, pero que en realidad son desordenadas: amistades que compensan carencias, dependencias de la propia familia, relaciones pastorales o profesionales que precisamente no se pueden justificar según el estilo apropiado a estas funciones o roles...

Esta atención al simbolismo encuentra una aplicación útil cuando se debe evaluar la conveniencia de que una persona de orientación homosexual inicie o continúe viviendo la vida consagrada. En teoría puede elegir la vida consagrada quien tiene la vocación, eclesialmente reconocida, y que se empeña en la castidad del corazón y del cuerpo como la vocación lo exige. Pero en la práctica, cada situación es diversa y continúa dándose un amplio debate teórico y práctico. Acogida inteligente y misericordia constructiva son

8 CENCINI, A. - MANENTI, A., *Psicologia e Formazione*, EDB, Bologna 1990, pp. 226-235; GUARINELLI, S., *Il celibato dei preti: perché sceglierlo ancora?*, Paoline, Milano 2008, comentado en *Tredimensioni*, 6 (2009), pp. 104-111.

9 Cfr. también MANENTI, A. - RIGON, S., «Quando ad innamorarsi è un prete o una suora», en *Tredimensioni*, 4 (2007), pp. 292-301. NdT. El artículo está traducido y publicado en el espacio *3D in spagnolo* de www.isfo.it

siempre válidas, sobre todo cuando la orientación disturba o lleva a no ser fiel al voto pronunciado. Igualmente útil es verificar el predominio total o parcial de esta orientación dentro de la historia del sujeto, el rol que actualmente ella ocupa en el interior de su vida personal y relacional, el significado subjetivo que se da a esta orientación, la capacidad que se ha tenido hasta el momento presente de vivir la castidad con alegría, la real tensión que provoca vivir en una comunidad con miembros del mismo sexo, la eventual repercusión pastoral de la orientación¹⁰... En el universo femenino parece: que los vínculos afectivos sean más decisivos respecto a aquellos entre los hombres, que los problemas de identidad sean menos irreversibles y que la pulsión genital sea menos polarizante. En todo caso, la presencia de estos rasgos sea en los hombres que en las mujeres hace que la previsión de fidelidad al voto sea más favorable si la persona está bien motivada espiritualmente.

Mover/Sacudir

Los significados de los cuales apenas hemos hablado (simbólicos y/o de bien aparente) se encuentran en una dimensión subyacente respecto a lo afectivo sexual verbalizado, y el interesado no puede reconocerlos por sí solo. Por eso, en la mayor parte de los casos es necesario moverlo, sacudirlo para que estos significados escondidos se dejen conocer mejor. Con este fin, muchas veces será suficiente *favorecer delicadamente la exploración* de los asuntos (también en el plano de la opinión) que la persona se ha hecho acerca de su problema, con el fin de dejar aflorar las varias resonancias afectivas que se evocan. Otras veces, quien acompaña podrá *devolver* directamente el problema así como él lo ha advertido o lo reconoce a partir de cuanto ha escuchado; o bien podrá recurrir a intervenciones de más directa *confrontación*, no tanto para encontrar al otro en contradicción sino para avivar su curiosidad para mirarse en profundidad. El formador será verdaderamente eficaz si hace ver las cosas según la manera discreta de la propuesta ignaciana que aconseja: aquel poco que el sujeto encuentra solo, por sí, será para él de mayor gusto y fruto espiritual respecto a lo mucho que la persona que lo sigue le puede declarar y formular¹¹. A este punto, será bastante inútil ofrecer con calma o con pasión, explicaciones detalladas.

A veces mover, sacudir a la persona significa simplemente ayudarla a *aceptar la problemática* que nos cuenta. Muchos hablan de ella, hasta con detalles, pero con la expectativa tácita de poder eliminar – haciéndolo así – un deseo inaceptable o erradicar un comportamiento. Pero sabemos, que reaccionar inmediatamente en dirección contraria al impulso no es siempre oportuno para todos: favorecería la represión, más que la integración. El camino de la aceptación inicial se demuestra útil con los jóvenes con problemas de identidad sexual incierta¹². Si bien se hable de una cierta bi-sexualidad humana de base, la literatura espiritual considera que terminada la edad de la adolescencia, se debería haber alcanzado una identidad estable. En cambio, se perpetúa una situación en la cual no se logra aún distinguir si se trata de inseguridad psíquica, identidad inmadura o verdadera homosexualidad. El problema puede haberse prolongado

10 CENCINI, A. «Omossessualità strutturale e non strutturale. Contributo per un'analisi differenziale», en *Tredimensioni*, 6 (2009), pp. 31-42; 131-142.

11 SAN IGNACIO DE LOYOLA, Ejercicios Espirituales, n. 2

12 GONZÁLEZ CASAS, M.R., «Diventare maschio o femmina», en *Tredimensioni*, 5 (2008), pp. 147-158. NdT. El artículo, traducido en español, está publicado en la sección *3D in spagnolo* de www.isfo.it

por años, aún en el caso de que se haya tenido un acompañamiento psicológico, para afrontarlo o para resolverlo o para sufrirlo más bien que aceptarlo y, en consecuencia, favorecer un refuerzo de las áreas inseguras de la identidad psicológica, de la cual la identidad sexual es un reflejo. Antes de resolver algo es necesario asegurarse bien de qué se trata.

A veces bastará sencillamente *mostrar la presencia del elemento latente* para que el sujeto llegue a reconocer, por ejemplo, su exhibicionismo manipulador al interior de una relación, el ejercicio del poder, la dependencia afectiva para aligerar la ansiedad de su soledad, la función de compensación desarrollada por un suceso afectivo, la agresividad que a veces exterioriza... Algunos de estos significados pueden incluso ser aliados temporales de quien acompaña la situación problemática, por ejemplo, hacer aparecer la agresividad latente puede animar el descubrimiento de la auto-afirmación ante la manipulación de los otros; reconocer la dependencia afectiva puede despertar la libertad adormecida; aceptar el carácter defensivo de su propia manera de ayudar a los otros puede estimular a mejorarlo...

Sin embargo, cuando la dinámica de fondo permanece obstinadamente oculta y su aflorar es inmediatamente silenciado recurriendo a uno u otro mecanismo de defensa, entonces es oportuna una verdadera y propia *confrontación* que, cuando logra sacudir un poco estas defensas, pone al sujeto en la condición de ser más abierto para aceptar una sucesiva *interpretación* de las raíces de su comportamiento. Confrontación e interpretación son dos medios que se deben usar con mucha prudencia porque podrían suscitar culpa, rabia, rechazo. Si se usan en el momento justo sirven: es verdad que la confrontación genera cierta ansiedad, pero la interpretación trae claridad, luz y serena los sentimientos; dispone a la verdadera humildad y elimina el narcisismo, que es la raíz de tantas dificultades afectivo-sexuales y que impide la lucidez sobre la vivencia, siempre problemática, de la castidad consagrada.

Proponer

Después de haber acogido, comprendido y movido/sacudido, hay que favorecer la búsqueda de caminos adecuados (que no siempre constituirán «las» soluciones) con el fin de continuar mejorando la gestión cotidiana de la afectividad.

El objetivo es ampliar la libertad de amar, de modo que el centro afectivo que mueve a la persona no sea únicamente el deseo para su Yo, sino el otro y el Otro.

A menudo, la persona que ha llegado a comprender las raíces de su comportamiento sabe proponerse por *sí misma* algunas alternativas, cambiando – por ejemplo – su dependencia en relaciones recíprocas, su exhibicionismo en amor más altruista, su pena pietista en ocasión para aprender misericordia. Todo esto es posible, no porque ha sustituido un mecanismo de defensa por otro, sino porque con su mayor conocimiento puede referirse – con menores distorsiones – al Jesús del Evangelio que ama sin poseer, atrae sin seducir, siente pena y compasión. A este punto, el rol de quien acompaña es recordar este ideal de referencia, y eventualmente aprobar las decisiones tomadas, más que ofrecer muchas soluciones. En esta óptica se puede también proponer algo sencillo y alcanzable que refuerce la posibilidad de algún cambio: por ejemplo, una vida menos individualista, más apostólica y espiritual, o simplemente más sana, deporte y reposo, menos apego al rol, un estilo de vida «ecológico» en el campo de los horarios, comidas, bebidas, gastos y uso de los medios de comunicación.

A veces, en relación al tema del celibato, se propone la sublimación como solución intermedia entre la represión neurótica y la gratificación inmediata, y que sería la única base psicológica capaz de garantizar la posibilidad y la eventual normalidad de una vida celibataria¹³. Sin embargo, esta operación de substituir el objeto directo del deseo por otro más sublime se realiza no sin espiritualizar (en el peor sentido de la palabra) afectos muy humanos: de aquí la posible ambivalencia de su uso. De acuerdo a una antropología de la vocación cristiana, es también posible el camino de la renuncia lúcida y libre a algunas exigencias del apetito humano, realizada por medio del poder atractivo que tiene una lógica de vida diversa, capaz de suscitar en el corazón de algunos un deseo más fuerte y satisfactorio.

En todo caso, la sublimación de algunos deseos y la renuncia a la gratificación de otros siguen siendo medios válidos en la medida en la cual saben transmitir el núcleo de las propuestas: el alcance existencial de la opción celibataria. Si el interesado no llegase a desear de nuevo esta experiencia del vínculo profundo entre la opción hecha y la vida, entonces todas las propuestas resultarán insuficientes.

¹³ El concepto es discutido brevemente por CENCINI, A. - MANENTI, A., *Psicologia e formazione*, cit., pp. 275-279.